

cos. Él creía que aquellos que de verdad querían un mundo mejor para todos no habrían de necesitar unirse a un partido concreto para conseguirlo. Esta es la diferencia entre Raj-Niti (política del Estado) y Lok-Niti (política del pueblo). El individualismo *swaraj* significaba que todo debía volver a pensarse de nuevo: por ejemplo, la idea de que el individuo existe por el bien de la organización más amplia debía descartarse en favor de la idea de que la organización más amplia existe por el bien del individuo, y de que uno debe ser siempre libre de marcharse y disentir (Doctor, 1964: 44).

Sin embargo, las ideas de Gandhi acerca de un camino pacifista a *swaraj* no dejaron de encontrarse con cierta oposición, incluso entre las filas de los influidos por el anarquismo. Antes de 1920, los anarcosindicalistas indios y el influyente líder independentista Bhagat Singh representaban un movimiento paralelo más explícitamente anarquista. En Singh influyeron una serie de anarquismos y comunismos occidentales, y se convirtió en un ateo reivindicativo en un país en el que este tipo de actitudes eran extremadamente impopulares. Curiosamente, estudió con intensidad a Bakunin, pero, aunque estaba notablemente menos interesado en Marx, se vio muy atraído por los escritos de Lenin y Trotsky, que «habían conseguido provocar una revolución en su país». Así, en general, se puede recordar a Singh en cierta manera

como un anarquista-leninista, si es lícito usar este término. En la historia de la política india, hoy se recuerda a Singh situándolo entre el pacifismo de Gandhi y el terrorismo, ya que se involucró activamente en la coordinación de organizaciones anticoloniales populares para luchar por la libertad de la India ante el dominio británico. Sin embargo, también formó parte de un ambiente al que Gandhi se refería como «el culto de la bomba», del que, por supuesto, afirmó que estaba basado en las ideas occidentales del uso de la violencia como medio para conseguir la liberación. En respuesta, los revolucionarios indios argumentaban que las ideas de la no violencia de Gandhi también procedían de Occidente, con origen en Lev Tolstói, y que, por lo tanto, tampoco eran auténticamente indias (Rao, 2002). De hecho, es probable que en Singh influyesen las ideas occidentales acerca del cambio social: igual que su equivalente japonés Kotoku Shusui, el compañero y mentor de Singh, Kartar Singh Sarabha, organizó en San Francisco a trabajadores del sur de Asia, con lo que ambos entregaron finalmente su vida a la liberación de los indios en todo el mundo.

En este contexto destacaron la Asociación Republicana Indostánica y la organización juvenil Naujawan Bharat Sabha, en las cuales Singh participó activamente. A pesar de su reticencia inicial, a mediados de los años 1920 Singh

comenzó a aceptar la estrategia de armar a la población india en general con el fin de expulsar a los británicos del país. Al servicio de esta misión viajó por todo el país organizando milicias populares, sumando en el proceso un gran número de seguidores. En 1928, esta estrategia de revuelta armada organizada dio paso a apoyar abiertamente actos individuales de martirio y terrorismo en un artículo que Singh publicó en el periódico proindependentista *Kirti*. En otros números de ese mismo periódico publicó su famoso ensayo «Por qué soy ateo», así como varios artículos sobre anarquismo. En los artículos anarquistas, Singh equiparó la idea india tradicional de *hermandad universal* con el principio anarquista de *sin gobernantes*, centrándose sobre todo en la importancia primordial de alcanzar la independencia de cualquier autoridad externa. Aunque influyeron en él los escritos de Lenin y Trotsky, Singh nunca se unió al Partido Comunista de la India, a pesar de haber vivido seis años desde su fundación original (Rao, 2002). Esto se debió quizás a la influencia anarquista en sus ideas. En cualquier caso, las ideas anarquistas (si no la ideología anarquista en su totalidad) desempeñaron un gran papel en los movimientos de *swaraj* de Gandhi y Singh.

ANARQUISMOS EN ÁFRICA

IGBO, EGIPTO, LIBIA, NIGERIA Y SUDÁFRICA

El anarquismo africano temprano se desarrolló a lo largo de ambas costas del continente, principalmente en el ámbito de las ciudades portuarias con diversidad étnica del norte y el sur de África. Aparte de una pequeña cantidad de literatura sobre estos movimientos, se ha publicado muy poco sobre el tema. Como en el caso indio, esto cabe atribuirlo en parte a que aquí se trata más de un movimiento coherente basado en ideologías que de una historia del anarquismo. Pero también se debe en parte a la hegemonía de sistemas de Estado-nación de carácter capitalista-imperialista o de sistemas postcoloniales *socialistas africanos* en toda la región. El mayor movimiento anarquista del continente en el primer cuarto del siglo XX fue el de Sudáfrica. Estudios recientes realizados por anarquistas nigerianos como Sam Mbah han puesto de relieve que el pensamiento anarquista como ideología no se extendió a la mayoría del continente africano de manera significativa hasta mediados del siglo XX (1997: 1). Sin embargo, incluso reconociendo la falta de una forma ideológicamente coherente de anarquismo, en su

estudio se hace hincapié en los elementos sociales anarquistas que se encuentran en muchas tribus africanas. En este sentido, el *comunalismo* tribal se entiende como una forma no occidental de anarquismo, única y específicamente dentro de un contexto africano. En sus propias palabras, «todas las [...] sociedades africanas tradicionales manifiestan *elementos anarquistas* [...]. Los ideales subyacentes al anarquismo podrían no ser tan nuevos en el contexto africano. Lo que sí es nuevo es el concepto de anarquismo como movimiento social o ideología» (1997: 26).

Con esta acepción, el término «comunalismo» se usa aproximadamente como el concepto de Marx de «comunismo primitivo» —una sociedad sin Estado, que es postcazador-recolector y prefeudal—, aunque teorías tan grandilocuentes no se toman en serio porque la mayor parte de África nunca avanzó más allá de esta *etapa histórica*, especialmente en las zonas rurales del continente. En este contexto, se reconoce como líderes a los ancianos de la comunidad tribal atendiendo a su experiencia, pero no como autoridades con acceso a acciones coercitivas legítimas *per se*. La religión y los grupos de hombres *clasificados por edades* que realizaban tareas específicas para la aldea funcionaban como métodos para mantener la cohesión social interna, aunque algunas sociedades sin Estado también eran matrifocales (Mbah,

1997: 33). En particular, tanto los igbo como los pueblos del delta del Níger y los talensi son bien conocidos por estar caracterizados por formaciones sociales antiautoritarias y con democracia directa. Se organizaban principalmente alrededor de la autoridad suprema de asambleas que, atemperadas por el asesoramiento del consejo de ancianos, congregaban a la aldea en una forma de democracia directa. Aunque estas sociedades eran principalmente patriarcales, las mujeres desempeñaban también ciertos papeles en la gestión de la sociedad a través de sus propias organizaciones (Mbah, 1997: 38).

La llegada del llamado *socialismo africano* surgió de la colonización, industrialización y urbanización del continente, que comenzó con la Conferencia de Berlín de 1884-1885, en la cual Europa se repartió África en Estados-nación, situados por encima y entre las sociedades sin Estado que en el pasado habían formado la base de la administración descentralizada del continente. Estos Estados-nación coloniales facilitaron la extracción de los recursos naturales en beneficio de las élites europeas, destruyendo, desplazando, dividiendo y debilitando las sociedades sin Estado. En muchos Estados-nación africanos, el movimiento anticolonial lo dirigieron *socialistas africanos*, como Muamar el Gadafi de Libia, Gamal Abdel Nasser de Egipto y los *socialistas de la negri-*

tud como Senghor. Lo único que la mayoría de ellos tenía en común fue que les fagocitaron muy rápidamente y quedaron subyugados a los intereses del capitalismo occidental. Pero, a pesar de que este tipo de socialismos africanos estaban en su mayor parte controlados por una orientación marxista, moldeada y guiada por los intereses capitalistas extranjeros, no era así en todos los casos.

Después de que Nigeria lograra la independencia en 1960, implementó en todo el país un sistema agrícola colectivo, basado en una síntesis de elementos del comunismo tradicional africano y del sistema *kibutz* israelí. Puede verse asimismo que el conocido *Libro verde* de Gadafi estaba tan influenciado por la lectura de Bakunin como por la de Marx. Su concepto de Yamahiriya¹ era también bastante parecido al del sistema agrícola colectivo de Nigeria. Pero mucho más ilustrativo que cualquiera de los anteriores es la teoría y práctica del sistema Ujamaa de Julius Nyerere. En este sistema, opuesto tanto al capitalismo como al *socialismo doctrinario*, una forma renovada de comunismo africano se

1. Según Wikipedia, el gobierno libio mediante la palabra «Yamahiriya» resaltaba que la forma de gobierno de su país es una democracia directa sin partidos políticos puesto que la Yamahiriya rechaza la democracia representativa y la democracia liberal. Esta democracia directa, según el gobierno, funcionaría a través de consejos locales y comunas llamados Comités populares de base.

convirtió en la base de la sociedad postcolonial de Tanzania. Desafortunadamente, el sistema Ujamaa falló finalmente a causa de una rápida degeneración hacia el control del Estado sobre el campesinado bajo la atenta tutela del Banco Mundial (Mbah, 1997: 77). En el continente africano, Tanzania no estaba sola en absoluto en esta evolución, que curiosamente se produjo con la misma frecuencia en los Estados-nación *socialistas* que en los Estados-nación capitalistas.

Como se ha mencionado antes, un país que a principios del siglo XX tuvo un movimiento anarquista organizado de considerable importancia fue Sudáfrica. Un afrikaner blanco llamado Henry Glasse había ayudado a organizar los primeros pasos de un movimiento anarquista en el país a finales del siglo XIX. Poco después del cambio de siglo, una coalición de anarquistas y otros socialistas antiestado fundó en Ciudad del Cabo la Federación Democrática Social, a lo que siguió el surgimiento de la efímera IWW sudafricana. Lo más destacado de dichas formaciones en aquel momento fue que estaban constituidas en su abrumadora mayoría por blancos, cuando la inmensa mayoría de ese Estado-nación no lo era. Los blancos acapararon la mayoría de los trabajos mejor pagados para mano de obra cualificada, mientras que los indios, personas racialmente mixtas y blancos pobres ocupaban los trabajos *intermedios*, y los negros quedaban

atrapados en los trabajos más duros, para mano de obra no cualificada (Van der Walt, 2002).

Esta situación cambió finalmente en 1917, cuando miembros de la Liga Internacional Socialista ayudaron a montar la organización sindicalista, mayoritariamente negra, Industrial Workers of Africa (Trabajadores Industriales de África). Aunque fuertemente influenciada por la IWW, retuvo los elementos de leonistas propolíticos tempranos que se habían abandonado en la IWW tras la división entre sindicalistas y de leonistas en 1908 (Mbah, 1997: 66). Cuando algunos comenzaron a cuestionar la eficacia de involucrarse en la política electoral, nació la Liga Internacional Socialista, con una orientación explícita antielectoralista y de acción directa. De 1918 a 1920, el Congreso Nacional Africano contó con varios sindicalistas anarquistas entre sus líderes. Sin embargo, en 1921 la primera ola del anarquismo estaba dando sus últimos coletazos en Sudáfrica, cuando activistas destacados abandonaban el anarquismo al servicio de la construcción del Partido Comunista Sudafricano. Como ya se ha indicado, los anarquistas de muchos países se convirtieron en importantes líderes comunistas, y como pronto veremos, este fue también el caso de Brasil y otros países de América Latina.

Como en Sudáfrica, las ciudades portuarias norteafricanas en el Mediterráneo desempeñaron también un papel destacado en la difusión de las ideas anarquistas. El movimiento anarquista egipcio es un buen ejemplo de esta tendencia, ya que aquí el anarquismo fue un fenómeno casi exclusivamente inmigrante. Ya en 1877, el movimiento anarquista egipcio comenzó a publicar la revista anarquista en lengua italiana *Il Lavoratore*, a la que siguió poco después *La Questione Sociale*. Su público principal era la floreciente comunidad inmigrante italiana de Egipto, concentrada principalmente en la ciudad portuaria mediterránea de Alejandría. Como Alejandría era una ciudad portuaria, era bastante diversa e iba a funcionar de reserva no solo para la actividad anarquista sino también para los exiliados anarquistas de la región mediterránea. A finales del siglo XIX, Malatesta buscó refugio aquí después del intento de asesinato del rey Umberto I, al igual que Luigi Galleani en el año 1900. Pronto, las ideas anarquistas de la comunidad italiana se difundirían entre los trabajadores inmigrantes griegos, que pasarían a organizar un sindicato de orientación anarquista para zapateros en Alejandría. Sin embargo, hay pocas pruebas de que las ideas anarquistas se difundiesen de forma significativa fuera de las comunidades inmigrantes y hacia las propias comunidades egipcias nativas (Stiobhard).

Túnez y Argelia fueron los otros dos países en los que se afianzó el anarquismo. La ciudad portuaria de Túnez, en el norte del país, disponía de un movimiento anarquista entre los inmigrantes italianos, que, como en Egipto, se dedicaron a publicar varias revistas, como *L'Operaio* y *La Protesta Umana*. La segunda la publicó el conocido panfletista Luigi Fabbri, que entonces vivía en Túnez. Además, en la ciudad portuaria de Argel, en el norte de Argelia, se centraba un cúmulo importante de actividad anarquista, incluyendo varios periódicos anarquistas como *L'Action Revolutionnaire*, *Le Tocsin*, *Le Libertaire* y *La Marmite Sociale*. Aunque existe poca información disponible acerca del periodo intermedio, sí está bien documentado que, después del fracaso de la Guerra Civil Española en 1939, muchos anarquistas se trasladaron a Argelia, alrededor de la ciudad portuaria de Orán (Stiobhard).

ANARQUISMO EN AMÉRICA LATINA

ARGENTINA, URUGUAY, BRASIL, CHILE, MÉXICO Y CUBA

El desarrollo del anarquismo en América Latina fue un proceso moldeado por la naturaleza singular de cada uno de los países de la región, así como por los factores que muchos de ellos tenían en común. Algo que todos tenían en común era su relación subordinada a la Doctrina Monroe de 1823, que mantuvo a *las Américas* bajo la tutela del país que arrogantemente se refiere a sí mismo como la única *América* —es decir, Estados Unidos—. De hecho, poco después de conseguir la independencia de España y Portugal, el hemisferio occidental se volvió a colonizar de manera rápida —de forma no oficial— en nombre de los intereses de EE. UU. Fue en este contexto subordinado en el que surgieron los primeros movimientos anarquistas en América Latina, con demasiada frecuencia bajo la mano de hierro de dictadores impuestos desde arriba, en el Norte. Además, es importante señalar que el contexto gubernamental de América Latina estaba bastante más influido por el pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino que por el liberalismo, la mayor influencia filosófica en las democracias anglosajonas

(Erickson, 1977: 3). Aquí, el corporativismo era la mayor fuerza filosófica, adoptando una visión del Estado como reflejo orgánico de la voluntad moral del pueblo, antes que como un árbitro entre las diferentes fuerzas políticas de la sociedad, como en Norteamérica. Paradójicamente, la consecuencia fue que gran parte de la sociedad vería a todas las fuerzas opositoras como esencialmente antiliberatoras. El proceso ideológico del corporativismo implicaba una astuta combinación de asimilación burocrática de los movimientos revolucionarios y de represión violenta de quienes no aceptasen tales acciones. El papel predominante de la Iglesia Católica Romana en la sociedad, unido a la tradición del Derecho romano, constituyeron los otros dos factores diferenciadores principales de las sociedades latinoamericanas con respecto a gran parte del Norte. Esto significaba, obviamente, que los anarquismos que se desarrollaron allí fueron cualitativamente distintos de los que surgieron en un entorno político significativamente diferente.

En América Latina, el movimiento anarquista fue, sin duda, más fuerte en Sudamérica. Y en Sudamérica, el anarquismo fue indudablemente más fuerte en los países del *Cono Sur*, Argentina, Uruguay y Brasil. Fue el mayor movimiento social en Argentina desde alrededor de 1885 hasta aproximadamente 1917, cuando los socialistas de Estado

tomaron el control de las grandes federaciones sindicales (Joll, 1971: 218). El movimiento fue extremadamente conflictivo debido al predominio del sistema latifundista, en el cual unas pocas familias controlaban casi toda la tierra. Esta extrema estratificación social preparó el camino para el peronismo, un sistema en el que las familias de la antigua élite se imponían con impunidad, de una forma extremadamente aristocrática, sobre las masas de inmigrantes recién llegados. Como en esta sociedad el único medio legal para influir en el cambio era votar, el hecho de que hasta el 70% de la población urbana estuviese legalmente privada del derecho al voto, no le granjeó al sistema demasiadas simpatías. De hecho, creó una situación social que sería el germen del anarquismo.

El anarquismo fue más popular entre los sectores de la clase obrera argentina: nunca alcanzó realmente un elevado grado de organización entre el campesinado. Sin embargo, hubo intentos de organizar sindicatos anarquistas de estudiantes, además de sindicatos anarquistas de trabajadores (Joll, 1971: 222). El anarquismo individualista stirnerista nunca tuvo mucho eco aquí y, como en muchos países del mundo, el movimiento era un equilibrio entre comunistas libertarios según la tradición de Kropotkin y anarquistas colectivistas según la tradición de Bakunin, con muy poco

conflicto entre las dos corrientes. El comunista libertario italiano Errico Malatesta inmigró en 1885, y en dos años había organizado el primer sindicato de panaderos² del país en 1887. Este movimiento allanó el camino para la organización de las Sociedades de Resistencia, una forma de organización de trabajadores en grupos de afinidad que era la columna vertebral de la FOA, que en 1904 se convirtió en la FORA.

Entre 1905 y 1910 se produjo el estallido de popularidad del movimiento anarquista, generalizándose en los movimientos populares y llevando a cabo huelgas generales en Buenos Aires y otros lugares. La sociedad se volvió tan inestable que la ley marcial se impuso de forma rutinaria durante cortos periodos de tiempo. Disparaban a los trabajadores en las manifestaciones del 1º de Mayo; a otros los encarcelaban en Tierra del Fuego; la tortura estaba generalizada. Simon Radowsky, un joven que lanzó una bomba al coche del jefe de policía, se convirtió rápidamente en un conocido mártir al ser condenado a cadena perpetua. De hecho, se hizo tan popular que los compañeros tomaron finalmente la determinación de trazar un plan para su fuga de prisión, que culminaron con éxito (Joll, 1971: 219).

2. Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos.

La Semana Trágica fue un acontecimiento importante ocurrido en 1919, cuando se declaró una huelga general que el Coronel Varela reprimió brutalmente, lo cual llevó rápidamente a su asesinato. En 1931 el ejército había tomado el poder y el movimiento anarquista fue reprimido mediante una combinación de escuadrones de la muerte, sentencias de cárcel e intimidación general. Cuando, casi dos años después, se levantó finalmente la ley marcial, todos los periódicos y organizaciones anarquistas que antes habían estado enemistados, hicieron borrón y cuenta nueva y publicaron una declaración conjunta titulada «Dieciocho meses de terror militar». La intensa represión en Argentina había provocado gran solidaridad y apoyo mutuo entre los diferentes tipos de anarquistas, lo que se tradujo en varias publicaciones y acciones conjuntas que trascendieron las diversas ideologías. Desde esta nueva solidaridad, tanto la FORA como otras organizaciones anarquistas enviaron delegaciones a las Brigadas Internacionales para la Guerra Civil Española contra Franco. Pero pronto Argentina tendría su propio gobierno fascista con el que enfrentarse. El General Perón se hizo oficialmente con el poder en 1943, forzando a la FORA a pasar de nuevo a la clandestinidad, junto con *La Protesta Humana*. Cuando finalmente cayó el régimen peronista, se editó otra publicación conjunta, llamada *Agita-*

ción, en la que participaron todas las tendencias anarquistas. Cabe citar también publicaciones como *El Descamisado*, *La Batalla* y *La Protesta Humana*, periódico al que estuvieron vinculados Max Nettlau y Errico Malatesta. Ante semejante represión, gran parte de la población había aceptado la asimilación estratégica de los movimientos populares por el Estado peronista. Quienes no la aceptaron recurrieron a menudo a la Revolución bolchevique de Rusia como prueba de que el anarquismo ya no era una idea viable. El fracaso final de la Guerra Civil Española tampoco mejoró las cosas, y finalmente el anarquismo pasó a tener una influencia marginal (Joll, 1971: 230).

Como en Argentina, el movimiento anarquista de Uruguay estaba principalmente compuesto por trabajadores inmigrantes europeos procedentes de sociedades industrializadas. Por eso el anarquismo en los primeros años fue principalmente un movimiento más de la clase obrera que del campesinado. Aquí también fue el mayor movimiento revolucionario del primer cuarto del siglo XX. El movimiento estaba basado fundamentalmente en Sociedades de Resistencia a partir de grupos de afinidad, afiliadas a la FORU, que se formó en 1905. Malatesta terminó involucrándose pronto en la FORU, inclinándola hacia el comunismo libertario de Kropotkin y alejándola del colectivismo anarquista de Baku.

nin. La FORU trabajaba en temas muy variados, bastante alejados del ámbito de los sindicatos empresariales. Por ejemplo, se inició una campaña importante contra el alcoholismo, así como iniciativas para fundar bibliotecas y escuelas cooperativistas. Estos desarrollos se debían sobre todo a que el anarquismo se centraba en la importancia de crear una cultura anarquista paralela. Aunque mucho surgió de la FORU, la mayor parte de cultura anarquista —incluyendo obras de teatro, lecturas de poesía y otros actos de aquel momento— tuvo su origen en los afiliados al Centro Internacional de Estudios Sociales (CIES) de Montevideo (Joll, 1971: 224). El CIES estaba fuertemente implicado también en la prensa anarquista, con publicaciones como *La Batalla* —presumiblemente denominado así por el periódico argentino anterior del mismo nombre—, que se publicó ininterrumpidamente durante más de quince años.

Los anarquistas uruguayos, con un dinamismo desconocido para los demás movimientos anarquistas, tenían también un alcance muy internacionalista, excesivo para algunos. Cuando la Revolución mexicana irrumpió en la escena mundial en 1910, el movimiento anarquista de Uruguay envió delegaciones para ayudar a los magonistas. Ayudaron asimismo a la CNT-FAI con soldados para las Brigadas Internacionales en el momento álgido de la Guerra Civil

Española (Joll, 1971: 226). El declive final del anarquismo en Uruguay tiene su origen principalmente en el éxito de la Revolución bolchevique y en las enormes divisiones ideológicas por cuestiones de lealtad que de aquí resultaron en el movimiento entre la FORU y la USU.

El último movimiento anarquista de los países del Cono Sur que estudiaremos es el que se desarrolló en el enorme Estado-nación de Brasil. En el contexto del latifundismo, corporativismo y autoritarismo brasileños, en el cual grandes terratenientes, con el apoyo del ejército y del Estado, eran dueños de los destinos de la gran mayoría de la población, las únicas formas legales de organización reconocidas eran las sociedades de apoyo mutuo y las cooperativas. Pero, del mismo modo que en Argentina y Uruguay, las Ligas de Resistencia clandestinas basadas en grupos de afinidad formaban la columna vertebral del sindicalismo militante brasileño, protegiendo a los anarquistas de la represión. Sin embargo, el sindicalismo anarquista estaba limitado en gran medida a artesanos especializados y otros trabajadores, dejando a casi todos los demás trabajadores, entre ellos inmigrantes y mujeres, sin representación sindical.

Como en China y Sudáfrica, el Partido Comunista brasileño, el PCB, se erigió sobre las ruinas del anteriormente inestable movimiento anarquista (Chilcote, 1974: 11). Sin